

Éxito y fracaso del ánimo moderno

José Antonio Escrig Aparicio

El fracaso es uno de los grandes temas para el individuo del mundo moderno.

Y Antón Chéjov fue uno de los más grandes escritores de ese mundo. Sus cuentos y sus obras de teatro presentan continuamente personajes que se ajustan a eso que los rusos denominaron “el hombre inútil”, pequeños ideólogos cuyas vidas, al contacto con la realidad, fracasan sin remedio. Una risa superior alienta en sus historias, una risa que atesora valiosas enseñanzas de futuro.

No hace falta mucho para ser un ideólogo, basta con ser profesor de Lengua, como le ocurrió a Nikitin en el siglo pasado. Nikitin era un joven perezoso e inmaduro que se casó con una muchachita frívola llamada Masha. Nikitin era profesor de instituto en una ciudad provinciana cuyo único contacto con el exterior era la presencia de un destacamento militar donde los oficiales iban y venían en tren. Entre tanto, los militares y los miembros de la burguesía hacendada a la que pertenecía Masha montaban a caballo, jugaban a las cartas o a la botella y discutían sobre nada bebiendo té. Nikitin creía que había alcanzado la felicidad que soñó siempre, una felicidad ganada a pulso. Pero la felicidad de Nikitin

era miserable y aparente; ni siquiera era responsabilidad suya, como descubrió pronto. Era, a lo sumo, una realidad pequeña, tan pequeña como el mundo en que vivía y como el interior de una cabeza donde habían anidado el aburrimiento y la desidia. El sentido común y el estudio, representados de forma incompleta por algunos personajes de este cuento (“El profesor de Lengua”), escrito por Chéjov, habían volado de su conciencia, y el hueco lo había hinchado la ilusión fatua de una “dicha poética”. Cuando el viento de la realidad y una cierta cordura vuelven a anidar en Nikitin, este ya ha enloquecido y solo desea huir de un mundo angosto, echado a perder. Su pecado fue el autoengaño, la inutilidad. Nikitin era profesor y hacía años que había abandonado el estudio.

Me gustaría resumir a continuación otro cuentecillo de Chéjov, titulado “El estudiante”.

Un muchacho llamado Iván, estudiante en el seminario, regresa un Viernes Santo a su casa tras un día de caza. Cae la noche y su alma se llena de negros presagios, piensa en la pobreza de su familia y la extiende al conjunto de la Historia: una suma de pobreza y penalidades. Pasarán mil años —piensa Iván— y la vida no mejorará. No desea volver

a casa. Aterido de frío, el muchacho cruza los desmontes oscurecidos. Solo se divisa una luz, una hoguera, en el “huerto de las viudas”, a unas pocas verstas de su aldea. Allí se encuentra con dos mujeres, una anciana llamada Vasilisa y su hija, Lukeria. Chéjov se cuida de mantener el misterio de la escena nocturna. En un momento de la conversación, Iván evoca la triste historia del evangelio de ese día, el de la traición y desesperación de Pedro en una noche desangelada, ante una hoguera como la que ahora ilumina sus rostros. Es entonces cuando se relata la sorprendente reacción de la vieja Vasilisa, que derrama gruesas lágrimas tras el relato de Iván. Lukeria adquiere un gesto de dolor enigmático. Chéjov no apunta más. El joven Iván prosigue su camino, conmocionado por la reacción de la vieja (“pensaba en Vasilisa: si la mujer había llorado significaba que todo lo sucedido aquella terrible noche con Pedro tenía alguna relación con ella...”). Chéjov dispone su cuento sobre un escenario religioso, pero su naturaleza va a ser mayor, el joven protagonista va a aprender una lección universal, que concierne al conjunto de lo humano. Debo dejar de resumir y proceder a copiar su final íntegro. Sería lamentable estropearlo:

Si la vieja había llorado no era por su manera emotiva de contar, se dijo, sino porque para ella Pedro era alguien cercano y porque estaba íntimamente interesada por lo que sucedía en el alma de Pedro.

De pronto la alegría bulló en su corazón y el joven incluso se detuvo por un instante para recobrar el aliento. El pasado —pensaba— estaba unido al presente por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que se derivaban los unos de los otros. Y le pareció que justo hacía un instante había visto los dos extremos de la cadena: y cuando tocó uno de ellos el otro tembló.

Y cuando atravesó en la balsa el río y luego, mientras subía por la colina, cuando miraba su aldea natal y hacia el oeste, donde en una fina línea se encendía el encarnado y frío ocaso, pensó que la verdad y la belleza, al igual que dirigían la vida de los hombres allí en el huerto y en el patio del Sumo Sacerdote, proseguían su ininterrumpido camino hasta aquel día y que, por lo visto, siempre habían sido lo primordial en la vida de los hombres y en la tierra en general. Entonces un sentimiento de juventud, de salud y fuerza —tenía solo veintidós años— y una sensación inexpresablemente dulce de una felicidad inminente, de una felicidad misteriosa, nunca vista, lo dominaron poco a poco, y la vida le pareció admirable, maravillosa y llena de un elevado sentido.*

El mundo nuevo que descubre este joven, la imagen de su aldea iluminada por la certeza de un horizonte más amplio, de una posibilidad mayor de entender lo humano y su recorrido por la historia, es lo que nunca encontró Nikitin en el cuento anterior, y lo que lo llevó al fracaso. La vida nueva que se abre a los ojos del protagonista de “El estudiante” es la posibilidad de conocer verdaderamente. Ese conocimiento no se halla en la apariencia (el pequeño mundo del seminario y del estudio dogmático, en su caso) sino en la revelación de

una nueva forma de relación entre lo individual y lo colectivo. En la sociedad de los individuos, solo al hombre capaz de desprenderse de la cáscara del individualismo, de salir de ella y de aprovechar el mirador para engrandecer su comprensión del mundo (un mundo abierto, hermoso, difícil), le es concedido eludir el fracaso, la miseria íntima en que se consume quien se aferra a falsas imágenes particulares. El estudiante debe estudiar para ser mejor. Ser mejor implica conocer mejor el mundo. La fe en el proyecto humano y el desembarazo de deseos y temores estériles, una esperanza remota en el futuro de la especie y una desconfianza en los engaños del voluntarismo individual salvan al hombre inútil de su ineludible fracaso. Esto creo yo que nos enseña la risa chejoviana.

Ya que he empezado este pequeño texto con dos cuentos de un gran prosista, me gustaría terminarlo con el ejemplo de dos grandes poetas. Pero antes apuntaré otro ejemplo noble de hombre inútil intentando solventar sus cuitas en el mundo moderno. Me refiero al pintor Vincent van Gogh, quien resituó el poema del artista moderno (un inútil en potencia y casi siempre en la práctica) en el balancín soledad/hermandad. La hermandad es un valor bastante desatendido por el mundo moderno, fue utilizado por las religiones y las sectas en el mundo premoderno, y perdió la batalla de tres que pregonaba el ideario revolucionario (*libertad, igualdad, fraternidad*) de la política contemporánea. Acaso los artistas la hayan rescatado, pero casi siempre de forma poco duradera. Cuando Vincent van Gogh alquiló la *casa amarilla* quería convertirla en una forma de relación y estudio del mundo. Sabemos cómo terminó la historia. Pero, en cierto modo, su idea, fracasada en vida, persistió en su modo de comprender la realidad, y es semilla que todavía florece, para bien del futuro imaginativo de la especie.

Prometí que hablaría de dos poetas. Uno de ellos es Juan Ramón Jiménez. No hay demasiadas manifestaciones de celebración del éxito personal en el arte moderno, que propende al pesimismo individualista, abrumado por su responsabilidad. Juan Ramón Jiménez escribió, sin embargo, una de las más impresionantes celebraciones de éxito personal que yo conozca, en su libro *Animal de fondo*. Nunca me ha sorprendido mucho que la aparición de aquel poemario donde se leían cosas como “ahora soy la envoltura de mi centro, de ti dentro”, donde se dibujaba la esfera de una vida, de una imaginación “sin tedio ni descanso”, y en el que Juan Ramón Jiménez, persona en lucha constante con el desequilibrio, cantaba el equilibrio de una vida de búsqueda y final encuentro, la exaltación de un deber cumplido (el poeta que se dice: “quise comprender la poesía y ahora que la comprendo me comprende” —podría resumirse así— fuera recibido por algunos de sus contemporáneos como un caso de egolatría. Pienso que era todo lo contrario.

El segundo ejemplo es un verso (ni siquiera eso: un sintagma, una palabra) de John Keats, contenido en el primer cuarteto de su soneto a la fama. La fama, la valoración ajena, que tanto podía importar a un poeta del romanticismo (aurora de la modernidad), queda convertida en su poema en una vieja que chochea y que solo concede el privilegio de su amor a un “*heart at ease*”. Keats utiliza la palabra *ease*, que en inglés debe de significar algo así como ‘desenvuelto’, ‘aliviado’, “en calma”. Un corazón liberado. Solo este equilibrio donde se balancean el individuo y la inmensidad del mundo, solo el ánimo sereno, alegre, libra al pequeño hombre del fracaso del autoengaño, de la vida en falso, me parece a mí hoy.

*Traducción de
Ricardo San Vicente.